

Por los años de 23 ó 24 del siglo en adelante se celebró el concilio general de W. V. de Agde.
El año V. P. se dio el pontificado de Inocencio el cuarto.
Este papa fue el primero que se llamó papa y no papa.
Las palabras de Inocencio el cuarto son: In nomine domini Amen.
In concilio generali Romano, etc. etc. etc.
Se distinguen mucho en la tirada de la actualidad y
guataba de hablar de el mismo con una desparada y
esto por que se portaba con desparada y el último
de los religiosos. Aunque los textos de una de ellas
son un...

CAPITULO XXI:

Rasgos biográficos de los VV. PP. Fr. Diego Moreno y Fr. José Yrriaga.

NO solo hubo en Guadalupe hombres notabilísimos en virtudes, entre los religiosos elevados á la alta dignidad del sacerdocio y á la sublime mision de la predicacion de la palabra divina; tambien hubo religiosos laicos á quien Dios elevó á una muy notable santidad. Así lo vemos en el V. hermano Alvarez, y así lo veremos en otros de cuyos rasgos biográficos nos ocuparemos.

Ahora siguiendo el orden de unos apuntes manuscrito que tenemos á la vista, nos ocuparemos del V. hermano Fr. Diego Moreno.

Este varon justó fué natural de la ciudad de Leon.

Por los años de 23 ó 24 hizo su pretension de hábito en el Colegio, siendo guardian el V. P. Margil.

Dicho V. P. le dió la patente; pero le dijo al entregársela: *aquí tiene vd. la patente; mas aun no es tiempo..... hoy llegará.*

Esas palabras fueron proféticas, pues el V. Moreno no consiguió tomar el hábito, sino hasta el año de 1732.

Se distinguió mucho en la virtud de la humildad, y gustaba de hablar de sí mismo con sumo desprecio; y esto por que se persuadia ser despreciable, y el último de los religiosos. Siempre los justos forman de sí mismos un juicio pésimo.

Su vida era un continuo ayuno. Siempre comia muy pequeña cantidad de alimentos.

En el siglo habia poseido algunos bienes; y estos los repartió entre los pobres, y en dotar la lámpara del Colegio. En el claustro fué amantísimo de la pobreza, y no poseia otros utensilios que sus cilicios, una disciplina y dos libritos de devociones.

Su amor á la mortificación fué asombroso: todas las noches tomaba una muy cruel disciplina; y esto aun estando fuera del Colegio, pues cuando la obediencia lo tenia en el siglo, se salia por la noche al campo ó á algun cerro ó lugar solitario á tomar su acostumbrada disciplina.

En el claustro acostumbraba estar desde las nueve de

la noche hasta despues de las doce, en los ejercicios de penitencia, oracion mental y devociones vocales.

El autor de los manuscritos de donde tomo estos rasgos biográficos del V. hermano Moreno, dice: "Un sacerdote de este Colegio me ha dicho y asegurado con firmeza, que una noche, como á las diez, poco mas ó menos, vió á nuestro Fr. Diego en oracion, elevado en el aire, enfrente de la escalera que aquí llamamos de la Virgen, por estar allí un lienzo de la Dolorosísima Señora al pié de un Santo Cristo."

Fué muy tierno devoto de la Santísima Virgen, y procuraba honrarla con la devocion diaria de la Corona, despues del Rosario de quince misterios.

Sus tareas, sus trabajos y sus austeridades tenian quebrantada su salud.

Estando en Vetagrande, ocupado en el humilde oficio de limosnero, lo atacó la última enfermedad, que fué una fuerte pulmonia, que en el perentorio tiempo de tres ó cuatro dias lo privó de la vida.

Recibió los santos sacramentos, asistiéndolo el Rmo. P. Guardian, que lo era Fr. Andrés de Aragon.

Poco antes de morir suplicó el V. Moreno, que no dieran sepultura á su cuerpo, que lo tiraran en el campo, ó por lo menos lo dejaran en el cementerio de Vetagrande, pues no merecia que su cuerpo fuera á ser sepultado entre tan santos religiosos.

Esto lo hacia decir su humildad; pero sus súplicas solo servian para recomendarlo mas.

Murió, y su bendito cuerpo fué llevado, con demostraciones de sentimiento, al Colegio, acompañado de algunos vecinos de Vetagrande.

No dejaremos de exponer una circunstancia muy notable, respecto de este santo laico; y es, que la víspera de su muerte, á pesar de su durísima enfermedad, rezó aún el santo Rosario de quince misterios; y lo hubiera rezado también el mismo día de su muerte si la obediencia no lo hubiera hecho prescindir, en atención á las fatigas y dolores de su última enfermedad y á los síntomas mortales que aparecían ya en sus facciones.

Dios eleva á los humildes. Y el que mas se humilla es mas elevado.

Fr. Diego Moreno se humilló á lo sumo, y Dios lo elevó á una grande pareza de vida, á la cima de las virtudes heroicas, á la cúspide de una perfecta y admirable santidad.

Fácilmente seríamos buenos, y aun santos, si trabajáramos por combatir nuestro amor propio, por conocer nuestra miseria y por humillarnos cuanto debemos. ¿Qué somos? Miseria, polvo.

Nos ocuparemos ahora de otro V. Laico guadalupano, Fr. José Arriaga.

Véamos lo que de ese justo nos dice el R. P. Alcocer:

«Nació en Theocaltiche, pueblo del Obispado de Guadalupe, en donde vivió ejemplarmente por mas de cuarenta años. Retirose á este Colegio y en 17 de Mayo de 1721 profesó nuestra Regla en el humilde estado de

Lego. En las ocupaciones de limosnero y hortelano á que le destinó la obediencia, se empleó hasta los últimos años de su vida. Desde que entró á la religion, se hizo ejemplar de virtudes, no en una ú otra, sino en todas resplandeció admirablemente sin que jamas se le notara en ellas el mas mínimo defecto: abstraído de todas las cosas de la tierra tenia siempre puesto su corazón en Dios; en el ejercicio de la oracion era continuo, y se quedaba en él enagenado de los sentidos: purificóle Dios como el oro, en el crisol de la tribulacion: los demonios á quienes dió amplísima facultad para que probaran su invicta paciencia, afligian su alma con sugerencias horrorosas, y su cuerpo con golpes, dolores y enfermedades; al mismo tiempo que veia á su alma en una desolacion y desamparo tenebroso, pasaba las noches enteras en batallar con el demonio en la huerta de este Colegio, siendo entonces su llanto tan copioso, que para significarlo algunos religiosos que de él tenian noticia, usaban hipérbole, diciendo: que pudiera con sus lágrimas quedar regada toda la huerta.

Estando de limosnero en la villa de Fresnillo, se dispuso con mucho fervor para comulgar en un día del Patriarca Señor San José; salió por la mañana muy temprano de una pequeña choza * en donde pasaba las noches; en el camino para la iglesia le arrebató un fuerte torbellino por el aire, llevándole á tanta distancia, que

* (Que tenia en un cerro vecino á dicha villa).

no pudo volver á Fresnillo hasta á medio dia. Vino entonces con el rostro hinchado, denegrido por los golpes que su paciencia habia tolerado, y su cuerpo pasado desde los piés á la cabeza de punzantes espinas, las que costó no poco trabajo quitarle. Estas tribulaciones le atormentaron por muchos años, quedando con ellas consumido todo el amar propio y la esecoria de las imperfecciones, y descubrió sus quilates el oro de su caridad: se abrasaba su corazon en incendios de amor para con Dios, y al paso que esto se aumentaba era el incremento del amor para con el prójimo. El le hacia sentir sobre manera los agenos trabajos del alma y del cuerpo, y procuraba remediarlos por cuantos medios le eran posibles, hasta usar de aquellas gracias sobrenaturales con que Dios le habia enriquecido: ofrecia al Señor sus votos, derramaba muchas lágrimas y hacia ásperas penitencias por la conversion de los pecadores; les daba consejos, y hacia exhortaciones fervorosas para apartarlos del camino de la perdicion. En muchas ocasiones se hacia encontradizo con algun hombre ó mujer, y muy en secreto le decia: *¿por qué no tratas de salvarte? vas á toda prisa para el infierno; tantos años ha, ó tal tiempo, que estás metido en tal ó tal vicio etc.* Y puntualmente les revelaba sus pecados, los mas escondidos de sus corazones; y añadia: *anda confiésate, apártate de esa mala vida etc.* Oian esto los pecadores, y ya movidos con esta noticia que el hermano Arriaga les daba, lo que solo se podia verificar por revelacion de Dios, trataban de reformar

sus desastradas vidas. Para las enfermedades del cuerpo, era el universal consuelo de los que las padecian. En los años que estuvo de limosnero daba medicamentos para ellas á cuantos los pedian, que eran innumerables: eran estos medicamentos muy simples, como un poco de cebo, y otras cosas semejantes, y con ellos sanaban los enfermos.

Yo creo que estos medicamentos, si no en las mas ocasiones, en muchas, causarian naturalmente el buen efecto de la sanidad de los que los tomaban, ó que no causando este efecto, sanarian los enfermos por sola la virtud de la naturaleza, sin que se le ayudara con los medicamentos; pero siendo los enfermos tantos, y de tan varias enfermedades, muchas muy graves, y logrando la salud cuando los tomaban acompañados de la creencia de que Dios, por los méritos de su siervo se las habia de dar, hay no poco fundamento para creer que era, en muchos de estos enfermos, la salud milagrosa. Entre los enfermos que le presentaban iban muchos niños, y mirando con atencion á algunos de ellos, solia decir: *que bueno estás para el cielo.* La experencia habia demostrado que cuando decia estas palabras moria indudablemente el niño, aunque se le aplicaran muchas medicinas; por lo que luego que las madres de los niños oian á Fr. José las palabras dichas, comenzaban á llorar, teniendo por cierta la muerte de sus hijos. En este Colegio se desconsoló un novicio, determinó dejar el hábito, y volverse á su casa; un respeto que tenia dentro del claustro, le

hizo no comunicar á persona alguna su desconsuelo, y proyectar un medio precipitado para llevar á efecto su designio; este medio fué el de huirse en el silencio de la noche, salvando las paredes sin que alguno lo viera. Cuando ya bajaba la escalera para ejecutar su determinacion, le salió al encuentro Fr. José Arriaga, y con voz muy severa le dijo: ¿así abandonas á Dios? ¿así vuelves las espaldas á la Virgen María? ¿te vas sin despedirte de Ella? anda, anda primero al coro, y despídete de la Pasaviense (así llaman en este Colegio á una imágen de Nuestra Señora de Parrau, de rara hermosura, que se venera en el coro). Lleno el novicio de confusion, al ver que lo que de su corazon no habia salido, se lo habia dicho Fr. José; sin hablar palabra se fué para el coro, se puso delante de la sagrada imágen de la Virgen María, le pidió con lágrimas perdon de su ingratitud, se le desterraron todos los desconsuelos, profesó, fué sacerdote, y murió ocupado en la conversion de los gentiles. Era el V. Arriaga, un hombre que nunca habia estudiado, y nada sabia del idioma latino (y aun he oido decir que ni leer sabia) pero al mismo tiempo daba unos consejos, cuando se necesitaba, que admiraba á los mas sábios. A los coristas les predicaba en algunos dias de recreacion, que se juntaba con ellos, con mucho provecho de sus almas, y en pocas palabras daba algunas sentencias admirables. Entre algunos de los religiosos de los principales de este Colegio, y de mayor instruccion, se ofreció un dia una cuestion; altercaron en ella con algun fervor, y

reflexionando uno, que en alguna manera vulneraban aquellas contiendas á la caridad, dijo al hermano Fr. José, que por allí pasaba: ¿qué harémos para que entre nosotros no haya esas cosas? Se quedaron todos en silencio, y respondió Fr. José, solas estas palabras: *nisi afficiamini sicut parvuli*. Entendieron bien los que las escucharon, el espíritu con que las decia, y quedando bien humillados, dió fin la cuestion. Por último, lleno de dias y merecimientos, despues de una enfermedad molestísima que le duró por mucho tiempo, recibidos con edificacion de sus hermanos, los sacramentos el 8 de Setiembre de 1752, pasó de esta vida á la eterna: dióse sepultura á su cuerpo en el entierro comun de los religiosos. La fama de sus virtudes parece ser la mayor que un siervo de Dios no canonizado ni beatificado, puede tener en el mundo. Su retrato se conserva en este Colegio, se ven en él variar aves y otros animales.